

LA AVENTURA SEMINAL DE LA HUELLA EN *EL VIAJE VERTICAL* DE VILA-MATAS

FRANCISCO JAVIER HIGUERO
Wayne State University

RESUMEN

A lo largo del itinerario narrativo de *El viaje vertical* de Vila-Matas se observan ausencias que se mantienen deconstruccionadamente presentes en la existencia de Federico Mayol, personaje abocado a no encontrar rumbo alguno para su futuro, a no ser el deslizamiento cada vez más inquietante en el abismo de la nada. Sin embargo, la acechanza nihilista no es total, pues no se consiguen hacer desaparecer las huellas seminales de lo expuesto a través de una escritura ensimismada, para la que no existe ningún asentamiento tranquilizador y definitivo.

Entre las novelas en cuya trama argumental destaca un progresivo nihilismo desmitificador de presuntas identidades que se creían firmemente asentadas, sobresale *El viaje vertical* (1999) de Enrique Vila-Matas, narración propensa a proyectar connotaciones existenciales absurdas a través de pronunciados tintes sombríos, detectados ya en *Extraña forma de vida* (1997), de este mismo escritor. La historia relatada en la novela aquí estudiada consiste en el viaje sin rumbo hacia el abismo de la nada, protagonizado por un personaje deshumanizado, tal y como es Federico Mayol, quien, a los pocos días

de celebrar sus bodas de oro matrimoniales, es expulsado del hogar por su ya anciana mujer, deseosa de encontrarse consigo misma, sin tener que contemporaneizar con las molestias y obstáculos que su esposo le ocasionaba. Ahora bien, este incidente, impulsador de la trayectoria narrativa de *El viaje vertical*, se convierte en una huella diegética, que intenta ser borrada a través del recurso a un cierto alejamiento sociopolítico y existencial. Es precisamente este carácter de huella, superpuesta a otras reminiscencias que, sin estar presentes, no acaban de desaparecer por completo, el que facilita una aproximación crítica a esta novela que siga los parámetros deconstructores adelantados por Jacques Derrida (1989) en *La escritura y la diferencia*. Conviene advertir desde un primer momento que, según lo expuesto en tal estudio, el rasgo singular de la huella proviene de la ausencia de fundamentaciones presenciales inmediatas, ya que hasta el mismo concepto de origen está sometido a la constante presión de inaccesibilidad, procedente de la acción ejercida por la tachadura¹.

El pensamiento de la huella subvierte y desmantela la dicotomía binaria puesta de manifiesto en el conflicto entre opuestos procedente del enfrentamiento radical entre presencia y ausencia, puesto que en la conceptualización de dicha huella se llega a connotar sincrónicamente tanto un extremo como el otro, sin apreciarse con contundencia una toma de postura definitiva a favor de uno de ellos. Por otro lado, no debe perderse de vista que lo proyectado por ese pensamiento implica la superación de cualquier clase de lógica basada en el principio de identidad o en una estructura poseedora de un centro fijo e inmovible. A este respecto se precisa afirmar que la huella aludida en términos teóricos por Derrida (1971) en *De la gramatología* vendría a ser el resultado de lo que queda después de trazar una tachadura o con posterioridad a haberse borrado aquello que aparecía en la correspondiente superficie simulacral, haciéndose pasar como un resto ineludible de presencia. Ahora bien, la verificabilidad de tal huella implica, por otro lado, que la ausencia total no acaba de predominar, pues continúan produciéndose indicios presenciales, convertidos en obstáculos, resistentes a desaparecer de modo completo². Teniendo en cuenta estas aportaciones argumentativas de Derrida y de aquellos críticos familiarizados con diversas estrategias deconstructoras, las páginas que siguen se en-

¹ La desmitificación del asentamiento fijo en un punto de partida del que procedería cualquier tipo de argumentación, ya sea narrativa o ensayística, ha sido llevada a cabo con acuciente prespicacia por Salvador Pániker (1982) en *Aproximación al origen*.

² En *Jacques Derrida: Texto y deconstrucción* (1989) Cristina de Peretti se refiere al hecho de que el pensamiento de la huella incorpora una lógica diferente de la basada tanto en el principio aristotélico de la no-contradicción, como en una dialéctica hegeliana, repleta, por completo, de racionalismo omnipresente.

caminan a mostrar los intentos llevados a cabo por borrar lo considerado como formando parte, inamoviblemente, de la presunta identidad de Federico Mayol a lo largo de la trayectoria narrativa de *El viaje vertical*. Sin embargo, tales esfuerzos no consiguen lograr los objetivos buscados, puesto que la mera existencia de las huellas no borradas alude a la imposibilidad de eliminar todo de forma satisfactoria. Por otro lado, no se debería olvidar el hecho de que los intentos de Mayol no se encuentran teleológicamente dirigidos a una finalidad clara y constatable. Antes por el contrario, el horizonte al que parece encaminarse ese personaje posee manifiestas connotaciones nihilistas, las cuales tratan de ser corregidas mediante la escritura de un ambiguo narrador homodiegético, interesado en dejar establecido, dentro de lo posible, su indiscutible fidelidad a lo hechos³.

Conforme se ha advertido ya, el incidente seminal, convertido en huella no borrada en absoluto, que ocasiona lo narrado en *El viaje vertical*, es la abrupta e inesperada ruptura del matrimonio de Mayol, arrojado de su hogar, sin que éste explícitamente llegara a comprender las razones reales del estallido de un conflicto gestado desde hace tiempo. La huella de dicha separación conyugal parece permanecer a lo largo de lo relatado en la trayectoria diegética de la novela, sin que, por otro lado, se haya llegado a convertir en un origen indiscutible del drama existencial vivido, con connotaciones angustiosas, por el propio Mayol. Dicho de otro modo, en lo expuesto en *El viaje vertical* aparecen indicios más que suficientes de huellas conflictivas anteriores a la dolorosa ruptura. Una muestra de tales reminiscencias se remontaría hasta la existencia de la ya fallecida amante pelirroja que había tenido Mayol, personaje tan profundamente ensimismado en sus propios asuntos, que no era capaz de entender cómo su esposa Julia había logrado averiguar esa infidelidad matrimonial. Por otro lado, no está de más insistir, a dicho efecto, que la relación mantenida entre esos amantes fue también tan altamente problemática como la casi totalidad de las interacciones transaccionales en que se vio involucrado Mayol al tener que contactar con otros personajes de la novela⁴. Tal conflicto es aludido en *El viaje vertical* de la siguiente forma:

³ Las dudas arrojadas por el narrador homodiegético de *El viaje vertical* contribuyen a poner de manifiesto la dimensión deconstructora de lo expuesto en la novela.

⁴ Se utiliza la expresión interacciones transaccionales para referirse a diversas modalidades estratégicas adoptadas por los personajes para establecer contactos entre sí. Esta expresión procede de los estudios psicológicos realizados por Eric Berne en *Games People Play* (1976), *Transactional Analysis in Psychotherapy* (1975a), *What do You Say After You Say Hello?* (1975b), lo mismo que de la correspondiente divulgación popular llevada a cabo por Thomas A. HARRIS (1973) en *I'am Ok. You're Ok.*

...Esa amante pelirroja era para Mayol un fiambre en todos los sentidos, la recordaba como una verdadera pelmaza, una ninfómana que tenía la manía de vomitar palabras francesas cada vez que llegaba el orgasmo. Estuvo pensando largo rato en la pelirroja absurda y difunta hasta que de pronto, como si existiera una íntima relación entre una cosa y otra, la próstata pasó a ser el centro de sus pensamientos. La repentina necesidad de ir al lavabo se apoderó de él. Orinó pensando en su padre, siempre había temido que fueran a más sus problemas de próstata y acabara como su padre que murió de cáncer. Orinó con el brazo izquierdo apoyado en las baldosas horriblemente azules del lavabo y poco después, repitiendo un gesto involuntario pero muy constante en su vida, se miró en el espejo. (Vila-Matas, 1999: 25)

Repárese que al recordar, con desagrado, el papel existencial que la amante pelirroja desempeñó en la vida de Mayol, éste siente la amenaza de la dolencia de próstata, síntoma de una enfermedad de la que murió su propio padre. La función ejercida por esa amante aparece, pues, con connotaciones tan desagradables y negativas, como las que de ella pudiera poseer la misma Julia, legítima esposa de Mayol, cuya vida se prolongó hasta llegar supuestamente a vengarse de la infidelidad de su desafortunado marido. Conviene hacer notar que la relación que puede establecerse entre la súbita ruptura matrimonial y la problemática provocada por la amante pelirroja está poniendo de manifiesto que tal separación conyugal no se constituye en huella originaria que impulse unívocamente todo lo relatado en *El viaje vertical*. A este respecto se precisa aludir a la complejidad psicológica y emocional de los motivos que acaso impulsaron a que Julia determinara, con contundencia, arrojar de su vida a Mayol. Tal complicación de razones y presuntas causas impide que esa ruptura sea el origen definitivo del desarrollo argumental narrado en la novela. A todo esto hay que agregar el hecho de que, aunque el esposo abandonado se esfuerza por borrar la huella de la separación conyugal, debajo de ella quedan todavía las tachaduras de incidentes narrados que sirven de vectores actanciales de lo posteriormente acaecido y relatado⁵. Por consiguiente, y de acuerdo con lo también indicado por Derrida (1988) en *Márgenes de la filosofía*, en modo alguno puede pensarse en un origen simple, ya que la compleja pluralidad de

⁵ Conforme se deduce de lo argumentado críticamente por Gerard Genette (1980) en *Narrative Discourse: An Essay in Method* y Tzvetan Todorov en «Les Catégories du récit littéraire» (1966), *The Poetics of Prose* (1978) e *Introduction to Poetics* (1981), los vectores actanciales son, desde el punto de vista narratológico, fuerzas diegéticas que existen en un relato, impulsando la trama argumental del mismo hacia diversas determinaciones y múltiples incidentes no siempre totalmente previstos.

huellas diversas y sorprendentes elimina cualquier punto de partida, del que, de modo satisfactorio, procedería todo lo narrado en el relato. La trayectoria diegética de *El viaje vertical* confirma la validez de tal juicio crítico deconstrutor, ya que la decisión tomada por Mayol, de abandonar su querida ciudad de Barcelona, no sólo responde al conflicto ocasionado por su esposa y a las hirientes reminiscencias de problemas previos, sino también a diversas situaciones acongojadoras que le han ido acuciando a lo largo de su vida, y de las que intenta huir, sin lograr una solución en modo alguno convincente.

En el itinerario absurdo y nihilista emprendido por Mayol, las huellas seminales que motivaron el inicio de su travesía hacia un abismo cada vez más profundo reiteran una serie de recuerdos de lo ya inexistente. Al mismo tiempo, el reconocimiento de tal ausencia se manifiesta en la preocupación por el futuro de esa frágil memoria. No debe olvidarse, a dicho respecto, que el privilegio de la presencia se tambalea cuando sólo permanecen huellas diegéticas relacionadas con ausencias ineludibles, las cuales superarían cualquier pronunciamiento a favor de una concepción metafísica de la temporalidad. Ésta dejaría, pues, de poseer un valor absoluto y, en modo alguno, sería lineal ni tampoco se dirigiría hacia un objetivo teleológico convincente, conforme lo ha evidenciado Mariano Peñalver (1989) en «Derrida, la elipsis necesaria.» La ausencia de la linealidad temporal se pone de manifiesto en los continuos vacíos con que se encuentra agujereada la trayectoria diegética de lo relatado en *El viaje vertical*, en donde las frecuentes elipsis discursivas connotan carencia y supresión, a pesar de que se encuentran insertas en una memoria que no desaparece por completo. De hecho, el continuo ensimismamiento existencial de Mayol remite a la presencia de recuerdos procedentes del ámbito de lo ausente, conforme se manifiesta en las frecuentes alusiones a personajes ya fallecidos o en la prolongada visita que ese esposo sin hogar realiza al cementerio de Barcelona, mientras se complace paseando entre las tumbas, convertidas en huellas no tachadas de un pasado periclitado y ya inexistente. Tal vez lo único que queden de los que reposan en ese lugar tétrico sea la memoria no desaparecida por completo y por la cual se interesa Mayol, al integrarla en un futuro más o menos incierto, según lo expresa explícitamente el narrador homodiegético de *El viaje vertical* de la siguiente forma:

Por lo que he podido saber, en realidad puede afirmarse que poco antes, durante y algo después del vuelo, todo el viaje Mayol llevó como compañía esencial su preocupación repentina por el futuro de sus futuros recuerdos y ya no digamos por el futuro que habían tenido hasta aquel momento sus recuerdos.

Lo recuerdo todo, pensó Mayol, pero no comprendo nada. Tosió sin necesidad urgente de hacerlo y trató de pensar en otras cosas. (Vila-Matas, 1999: 92)

El recuerdo de personajes fallecidos constituye el ejemplo más evidente de ausencias que se resisten a desaparecer y que, en forma de huellas diegéticas, contribuyen a estar presentes en la vida de Mayol. No obstante, se producen también otro tipo de recuerdos molestos, aludidos insistentemente en el viaje sin rumbo hacia el abismo de la nada, emprendido por ese esposo abatido y abandonado en circunstancias desabridas, ya que no podía olvidarse que, de hecho, era un anciano obligado a plantearse el futuro de su vida, incluida en ella la memoria por él poseída. Sin embargo, Mayol no puede dejar de sentirse amenazado por la preocupante disolución de sus recuerdos, a los cuales precisa volver una y otra vez, aun queriendo desprenderse de ellos. Tal y como se ha advertido ya, el papel desempeñado por la memoria en la existencia de ese personaje que vagabundeaba hacia un incierto porvenir es una clara muestra de lo considerado, desde el punto de vista deconstructor, como una huella resistente a desaparecer en el fondo de una ausencia irremediable. De acuerdo con lo expresado argumentativamente por Derrida (1971) en *De la gramatología*, la huella excede al ser como presencia, sin por eso caer en trascendentalismo teológico alguno⁶.

En *El viaje vertical*, Mayol intenta huir de las reminiscencias no tachadas de esos recuerdos y se dirige hacia un futuro en el que siente la profunda necesidad de entablar conversaciones con diversos personajes, por él desconocidos en un primer momento, pero a los cuales se acerca sin éxito, provocando nuevas situaciones problemáticas. En los conflictos proyectados por las respectivas transacciones relacionales que intenta establecer Mayol sigue permaneciendo la huella de anteriores heridas existenciales, no cicatrizadas satisfactoriamente. Conviene precisar que el comportamiento de todos los personajes a los que se aproxima Mayol en su viaje a un abismo cada vez más profundo manifiesta connotaciones de molestia y evidente desagrado para él. Tal vez la única excepción de ese objeto de rechazo lo constituya el propio narrador homodiegético.

⁶ En los escritos de Derrida, lo mismo que en los de Emmanuel Lévinas, el pensamiento de la huella constituye la condición misma de la posibilidad del predominio ontológico de la presencia. Ahora bien, existe una diferencia básica entre lo representado por la huella en la argumentación racionante de estos dos críticos. Según lo expuesto por Lévinas (1981) en *Otherwise than Being or Beyond Essence*, la huella tiene como función fundamental preservar la trascendencia que conduce al reconocimiento de la otredad radical. Por el contrario, si algo está expresado con claridad en las disquisiciones reflexionantes de Derrida es que la huella no remite a ningún significado trascendental, es decir, a ninguna verdad última.

co de la novela, quien logra convertirse en el presuntamente fiel depositario de las confidencias comunicadas por el viajero desorientado, sin saber qué hacer con su propia vida, ya maltrecha y absurda. Parece que el dirigirse hacia un futuro incierto pudiera implicar la apertura a la alteridad reflejada en los personajes con los que se encuentra Mayol. A este respecto no está de más aludir a lo advertido por Jill Robbins (1999) cuando en *Altered Reading. Levinas and Literature* se refiere al futuro como el tiempo concreto en el que el encuentro con la alteridad puede realmente producirse. Ahora bien, para que se lleve a cabo tal apertura satisfactoria se precisa estar revestido del atributo de la paciencia⁷. Desgraciadamente, Mayol no se caracteriza por disponer de tal virtud y de ahí procede su fracaso crónico cuando desea con encarecimiento abrirse a los demás. Las huellas no borradas de un pasado que intenta compulsivamente superar impiden que ese personaje se encuentre dotado de la calma necesaria como para que su viaje de huida le resulte fructífero y regenerador.

El rumbo emprendido hacia la nada, tal y como se manifiesta en la trayectoria narrativa de *El viaje vertical*, es acompañado de persistentes imágenes de caída, convertidas en significantes, connotadores de una cierta pragmática de texto orientada hacia un nihilismo que parece inevitable. La reiterada insistencia en el deslizamiento dirigido a abismos sin fondo que sirvieran de freno tranquilizador sirve de ambientación simbólica de lo relatado en la novela. Según ha señalado Robert Liddell (1947) en *A Treatise on the Novel*, el papel desempeñado por tal recurso narratológico consiste en acompañar de cerca a los acontecimientos relatados, llegando a estar estrechamente unido a ellos, de tal forma que se pierde el carácter de neutralidad del mismo. Esto es lo que, de hecho, acaece en *El viaje vertical*, cuando, desde el inicio del discurso diegético, empiezan a superponerse persistentes imágenes de caída. No debe olvidarse que la novela comienza con la noche que aplasta en pleno día a la ciudad de Barcelona, desencadenándose un temporal de lluvia y viento. Dichas circunstancias atmosféricas se convierten en ambientación simbólica del estado de ánimo en que caerá el propio Mayol cuando abruptamente su mujer le anuncia haber decidido finalizar la convivencia conyugal, después de cincuenta años de matrimonio. Incluso hasta cuando se produce tal comunicación, las imágenes de caída persisten, aun con connotaciones diferentes a las del mencionado temporal tormentoso. De la siguiente forma se entera Mayol de los dramáticos planes de su mujer:

⁷ En *En découvrant l'existence avec Husserl et Heidegger* (1974), Lévinas explícitamente advierte que el encuentro radical con la alteridad implica un viaje de apertura dirigido sólo en dirección hacia donde se encuentre el otro, sin precisar de reciprocidad e implicando un bagaje existencial de paciencia nunca extinguida por parte del que, de hecho, realiza ese viaje.

Ella, que estaba pelando guisantes en la cocina bañada por la luz del atardecer, se interrumpió precisamente a causa del miedo que le tenía a su marido, y él entonces, con aire de suficiencia, le ordenó que continuara.

—Está bien —dijo ella, mirando absorta cómo iban los guisantes cayendo cadenciosamente en el recipiente de porcelana—, tú lo has querido, querido. Ahora te diría lo mucho que me gustaría que te fueras de mi lado, que te marcharas de esta casa para siempre y me dejaras sola. Sí, eso te diría. Márchate, Federico. Déjame sola, quiero saber quién soy, lo necesito. (Vila-Matas, 1999:10-11)

En este texto citado se detectan dos imágenes de caída. La primera se refiere al atardecer, como preludio de una noche que se avecina. La segunda consiste en lo que produce el armónico sonido de los guisantes al desprenderse sobre el recipiente. Ahora bien, la superposición de ambas imágenes parece no coincidir en lo por ellas connotado. En la primera, un horizonte de tintes sombríos niega la claridad del día, mientras que en la segunda predomina un cierto orden deseado. No debe perderse de vista, a este respecto, que la llegada de la noche es inevitable, conforme lo anuncia el atardecer. El final del matrimonio de Mayol se aproxima también con cierta contundencia, según se lo comunica, sin equívocos, su mujer. Por otro lado, la mirada de este personaje, depositada en los guisantes que van cayendo con precisión geométrica, se corresponde con la placidez calculada que anhela la esposa al romper con su marido y lanzarlo a la deriva desquiciada⁸. Por otro lado, no debe perderse de vista que la decisión tomada por la mujer de Mayol no sólo le arroja a éste al desamparo y vagabundeo ostentado en la trayectoria narrativa de *El viaje vertical*, sino también parece transmitirle la actitud existencial de búsqueda de la propia identidad que a ella le interesa, pues dice necesitar la ausencia de su esposo para encontrarse consigo misma y así llegar a saber quién es. De hecho, es en la ruptura que Mayol intenta establecer con la pragmática del texto contextualizada en Barcelona, en donde ese personaje busca adquirir tal vez una identidad alejada de aquella que acaso se le había impuesto. De una lectura atenta de la novela se desprende que tal objetivo no se cumple, pues permanecen las huellas no tachadas por completo de la presencia conflictiva, de la que se huye. Se precisa tener en cuenta, no obstante, que en el viaje emprendido Mayol consigue ausentarse geográficamente del lugar espacial de Barcelona, ciudad unida a las presuntas señas de identidad otorgadas a gran parte de la vi-

⁸ La caída rítmica de los guisantes acaso aluda también a la verticalidad del viaje nombrado en el título de la novela aquí estudiada.

da de ese personaje, pero los conflictos existenciales que en ella se fraguan continúan presentes de modo alarmante. En todo caso, lo que se ha producido es un cuestionamiento destructor de ciertos rasgos definitorios de la forma de existir de Mayol, el cual, de hecho, no llega a encontrar la paz implicada en la adquisición de una imposible identidad. Las profundas inquietudes, vacilaciones y vagabundeos de dicho esposo abandonado hacen que se produzca en él lo que en términos de reflexión conceptual ha expresado Robert G. Dunn (1998) en *Identity Crises. A Social Critique of Postmodernity*, al presentar la apetecida vuelta a la intersubjetividad como una forma de redimir a un personaje desamparado y arrojado a la fragmentación nihilista de una existencia inestable⁹. Ahora bien, la trayectoria diegética de *El viaje vertical* demuestra la incapacidad visceral de Mayol para salir de un ensimismamiento cada vez más pronunciado, que le arrojará al abismo absurdo de la nada. Es posible que tal personaje se constituya en un ejemplo existencial de un sujeto incapaz de romper las ataduras con las que se le retiene fijado a las exigencias de un irrevocable poder de una magnitud no muy distante a la estudiada por Michel Serres (1997) en «The Geometry of the Incommunicable: Madness»¹⁰.

Conforme se ha señalado, en *El viaje vertical* Mayol intenta desprenderse de rasgos existenciales que condicionaban su presunta identidad, sin obtener satisfacción en la búsqueda de lo por él propuesto. Es cierto que la firme y contundente determinación de su esposa le obliga a alejarse del hogar matrimonial, propiciando un itinerario nihilista hacia el precipicio de un abismo sin fondo. Ahora bien, si la ruptura familiar se constituye en huella seminal de la trayectoria narrativa de la novela, no es el único ni exclusivo punto de partida del viaje en cuestión, y mucho menos podría ser calificado de origen fundacional de lo relatado. Existen también otros condicionamientos opresores de la personalidad de Mayol que le impulsan a enmascararse con características identificatorias diferentes a las por él poseídas. En concreto, a lo largo de *El viaje vertical* se reitera el recuerdo de la ausencia de estudios superiores que afectaba a Mayol, el cual no había podido asistir a la universidad a causa de la guerra. Después, la necesidad de ganarse inmediatamente la vida y las exigencias de los negocios en los que lucrativamente participó le alejaron de la cultura. Aunque repetía que no se veía en la obligación de disculparse de tal limitación de

⁹ Lo expuesto discursivamente por Dunn responde a un deseo por superar, de alguna forma, la discontinuidad postmoderna, anclada en el reconocimiento y búsqueda de la diferencia.

¹⁰ Basándose en lo expuesto por Michel Foucault en *Mental Illness and Psychology* (1976) y *Madness and Civilization: A History of Insanity in the Age of Reason* (1965) Serres estudia las implicaciones de la irracionalidad de un sujeto, imposibilitado para deshacer los lazos, cabos y nudos bien fijados que le someten al poder imperante.

su personalidad, a Mayol le acuciaba de forma atormentadora el no poseer formación universitaria. Tal estado de ánimo se ponía de manifiesto en los encuentros conflictivos con su hijo menor Julián, dedicado a la pintura y sin interés alguno por los negocios de su padre. Mayol culpaba a su propia mujer el haber inculcado a Julián una obsesión enfermiza por el arte, consecuencia de un bagaje cultural no compartido por aquél. Por tanto, ese conflicto no puede abstraerse del hondo distanciamiento producido entre esos cónyuges, alejados de un matrimonio ya roto. El siguiente diálogo entre padre e hijo pone de manifiesto la actitud defensiva de Mayol, al sentirse amenazado por la falta de unos estudios que parece le hubiera gustado realizar:

—Me estás diciendo que soy un inculto pero que tengo inteligencia natural. ¿No es eso? —dijo Mayol.

—No. Bueno, no es eso exactamente. Oye, no te ofendas...

—Me haces pensar en algo que siempre repite un amigo del club. Él siempre dice, a propósito de los que como tú se creen inteligentes, una frase que no está nada mal.

—A ver esa frase.

—¡A ver esa frase! Cualquiera diría que vas a examinarme de catedrático.

—Ni lo intento, papá.

—Pues mira, la frase es ésta: «En los exámenes los tontos preguntan cosas que los inteligentes no saben contestar.»

—No te entiendo.

—A lo mejor es porque no sabes qué contestar al tonto de tu padre.

—No te entiendo. —Mayol disfrutó unos segundos viendo la cara de desconcierto de su hijo—. A ver, papá. ¿No te habrás molestado? Lo que te he dicho no pretendía herir tu orgullo, créeme. Tan sólo buscaba la constatación de un hecho diferencial, unas palabras sencillamente objetivas.

—Subjetivas, genio, subjetivas —se limitó a comentar Mayol. (Vila-Matas, 1999:19-20)

A pesar de los reproches lanzados por el padre carente de estudios al hijo que se aprovechó de las oportunidades culturales a su alcance, este intercambio verbal citado posee todas las características de un diálogo, en el que los personajes participantes no muestran dominio aplastante del uno sobre el otro. En el caso aquí tratado, Julián no se considera superior a su padre, aunque éste se sienta ofendido por unos condicionamientos sociopolíticos sobre los que ni uno ni otro tuvieron control alguno. El disgusto de Mayol no impide que entre pa-

dre e hijo se produzca un equilibrio de poder, caracterizado como imprescindible para que exista el diálogo. A este respecto conviene precisar que en el intercambio verbal citado no se detecta la fuerza compulsiva de una voz autoritaria que eliminaría el equilibrio pragmático de los personajes involucrados. Ha sido María del Carmen Bobes Naves quien en *El diálogo. Estudios pragmático, lingüístico y literario* (1992), lo mismo que en *La novela* (1993), ha expuesto teóricamente el hecho de que los interlocutores que participan en tal estado de equilibrio no aceptan entre ellos relaciones de poder aplastante o de subordinación. En el caso del texto citado de *El viaje vertical* no se produce un dominio de Julián sobre su padre ni viceversa. Parece que la superioridad cultural del hijo se ve neutralizada por la agudeza ingeniosa de Mayol, quien, habiendo sufrido el mencionado desgarró conyugal, todavía dispone de resortes anímicos suficientes como para introducir notas de humor en unos condicionamientos que le resultan intolerables¹¹.

El conflicto de Mayol con Julián no es independiente del ocasionado por la esposa que ha arrojado de su hogar a dicho marido desconcertado, pues éste se ve fuera no sólo de lo que poseía, su propia casa, sino también de lo que le hubiera gustado tener, es decir, una apetecida cultura. Al precipitarse hacia rumbos sin fondo, Mayol desea borrar, sin conseguirlo, esas huellas seminales de sendas ausencias que le atomentaban. No debe olvidarse, a este efecto, el encuentro que en Madeira se produce entre el esposo abandonado y su sobrino Pablo, quien también se ve inmerso en las amargas consecuencias de una separación conyugal. Este personaje le recuerda a Mayol la huella no borrada por completo de su matrimonio fracasado. Por otro lado, los intentos puestos para disponer u ostentar un bagaje cultural satisfactorio resultan insuficientes, ya que en la tertulia en la cual participan el viajero sin rumbo, conjuntamente con su sobrino y hasta con el mismo narrador homodiegético, no aparecen rasgos intelectuales que permitan pensar en la superación de una repelente pedantería, encubridora de graves síntomas de ignorancia y profunda desorientación cultural. Lo mismo acaece cuando, por pura casualidad, Mayol interrumpe su desconcertado y absurdo vagabundeo a través de calles frecuentadas por todo tipo de personajes, para entrar en un recinto universitario en donde tienen lugar conferencias sobre temas totalmente desconocidos para el despistado asistente, que, sin embargo, se esfuerza sin éxito por otorgar un sentido y comprender lo que, de hecho, le resulta ininteligible, pues no puede borrar el vacío crónico de

¹¹ En *Elogio y refutación del ingenio* (1992), José Antonio Marina se ha referido a la dimensión deconstructora que posee el humor, cuando agrieta la solidez espesa de la seriedad, acaso percibida como opresora.

una cultura nunca poseída por él. A pesar de los esfuerzos puestos por adquirir una presencia tranquilizadora, es la ausencia amenazante, la que, según lo advierte Derrida en *Posiciones* (1977) y *Márgenes de la filosofía* (1988), resquebraja y agrieta lo que hubiera podido ser un sólido edificio intelectual, nunca conseguido satisfactoriamente. Tal es lo que le sucede a Mayol, ya que el vacío elíptico de unos conocimientos culturales no existentes en él permanece, aun en medio de los frustrados intentos encaminados a su desaparición¹².

Conforme se está observando, de una lectura detenida de *El viaje vertical* se desprende que el horizonte nihilista hacia el cual parece encaminarse el itinerario emprendido por un personaje amenazado por la ausencia tanto de un contorno familiar reconfortante, como de unos estudios superiores que nunca realizó, no se convierte en un ineludible punto de llegada, en el cual se borra todo lo anterior, sin dejar huella alguna. De hecho, el relato que ha escrito el narrador homodiegético de la novela es una prueba manifiesta de la no prevalencia abierta de la nada. Si se hubiera conseguido tal predominio, sobraría la narración transmitida en *El viaje vertical*. Ahora bien, al disponer únicamente del escrito dejado por ese narrador, parece que se esté dando la razón a lo defendido por Derrida (1971) en *De la gramatología* respecto a la prioridad destructora desempeñada por la escritura, la cual ha de ser considerada en sí misma y no como un sustituto reproductor de algo real o presente, que se encuentre más allá del ámbito textual. No debe olvidarse a este respecto que en la novela aquí tratada es la intervención del narrador homodiegético la causante de serias dudas sobre la correspondencia entre lo relatado y lo constatable en la realidad efectiva. De hecho, la insistencia de ese narrador en que él sabe mucho y posee pruebas de lo relatado no resiste un escrutinio meticuloso. Son los testimonios orales de Mayol, grabados en un magnetofón, los que constituyen casi el único documento de que se dispone para constatar tal verificabilidad. Cabría, no obstante, formularse las siguientes preguntas: ¿Hay coherencia en lo que le pudo haber dicho Mayol al narrador homodiegético? ¿Escribe ese narrador lo que presuntamente le relató Mayol? En el relato de *El viaje vertical* aparecen dos circunstancias relevantes que acaso contribuyan a arrojar dudas sobre la veracidad de lo relatado por el narrador. La primera es que ese perso-

¹² En «El deseo de idioma» (1989) Patricio Peñalver se refiere a la aventura destructora implicada en la acción ejercida por ausencias y vacíos nunca eliminados por completo. Acaso se apele a estrategias retóricas para conseguir el objetivo buscado, pero tal tarea se lleva a cabo sin éxito reconocible. Para un estudio del papel desempeñado por dichas maniobras argumentativas, conviene referirse a los estudios de Newton Garver y Seung-Chong Lee (1994) en *Derrida and Wittgenstein* y James Crosswhite (1996) en *The Rhetoric of Reason. Writing and the Attractions of Argument*.

naje se queda con la esposa de Pablo, sin demostrar la mínima sensibilidad hacia el estado de ánimo que atormenta al sobrino de Mayol. ¿Puede suscitar confianza lo escrito por alguien que carece de escrúpulos para no herir a un individuo tan abatido como Pablo? La segunda circunstancia que contribuye a la persistencia de la dudas sobre lo escrito consiste en que tal narrador homodieético parece ser el único personaje de la novela con quien el viajero errante, cuya residencia existencial había sido Barcelona, no entra en conflicto explícito. ¿Por qué si Mayol se caracteriza por carecer de tacto para establecer transacciones relacionales con prácticamente todos los personajes de *El viaje vertical*, no va a tener la mínima dificultad en el trato con quien se ha aprovechado de la ruina del matrimonio de su sobrino Pablo? Si en el caso de su propia separación, Mayol no tiene a nadie a quien culpar, a no ser a Julia, su mujer, en el del derrumbamiento conyugal que afecta a Pablo sí puede haber un causante de semejante situación. Tal personaje sería el narrador homodieético, conocido con el nombre de Pedro Ribera. Si esto fuera cierto, parece difícilmente creíble que dada la propensión de Mayol para problematizar sus encuentros con otros personajes, éste no entrara en conflicto con dicho narrador, el cual dice estar interesado en escribir una novela.

Las dudas sobre la verosimilitud de lo relatado en *El viaje vertical* remiten no sólo a una escritura ensimismada, sino que también parecen aludir a un nuevo tipo de ausencia deconstructora dirigida al asentamiento del mínimo motivo temático o al de estrategia discursiva alguna que remitieran a la realidad efectiva¹³. Ahora bien, de lo que hubiese acaecido en tal realidad sólo queda una huella no tachada en la escritura del relato producido por el narrador homodieético de la novela. Es, pues, posible que gran parte de lo expuesto en la novela aquí estudiada posea una clara dimensión autorreferencial y no se proyecte más allá de los límites trazados por esa escritura, que ya no aparece ni como accesoria, ni tampoco subordinada a trascendencia relevante. Antes por el contrario, acaso dicha autorreferencialidad se constituya en el condicionamiento que haga posible la escritura en cuestión. Si esto resultara cierto, hasta el mismo narrador, en cuanto sujeto que otorgue sentido a lo relatado, carecería de función textual clave, ya que únicamente se cuenta con la escritura. Pos-

¹³ Cualquier tipo de estudio semántico orientado a la comprensión definitiva de un significado fijo o a la búsqueda de una referencialidad extratextual resultaría inaceptable para planteamientos deconstructores. Por otro lado, tampoco las aproximaciones teóricas de signo estructuralista llevadas a cabo por Tomas Albaladejo en «La semántica extensional en el análisis del texto narrativo» (1989) y *Semántica de la narración: la ficción realista* (1992) resisten las objeciones provenientes de abundantes vacíos y ausencias reveladas por ejercicios desmanteladores, promovidos por la orientación crítica postulada por Derrida y sus seguidores.

tular un sujeto libre, considerado como origen último de la escritura, connotaría significados humanistas que Derrida ha rechazado una y otra vez, mostrando una abierta afinidad solidaria a los planteamientos desenmascaradores de Friedrich Nietzsche expuestos por este filósofo en *Más allá del bien y el mal* (1982), *La genealogía de la moral* (1975), *Sobre verdad y mentira en sentido extramoral* (1980) y *Crepúsculo de los ídolos*. (1975)¹⁴. En última instancia, podría afirmarse que en el caso de *El viaje vertical*, la escritura es la huella decisiva a la que conviene recurrir, como última instancia, pues la intervención del narrador homodiegético de esa novela es sumamente discutible y Mayol, el personaje en torno al que gira gran parte del relato, desaparece sin dejar rastro alguno, excepto lo que Pedro Ribera ha testimoniado sobre él. Dicho de otro modo, al final no queda sino lo que ese narrador define como novela, pudiendo cuestionarse hasta la identidad del mismo, de forma similar a como se va deconstruyendo progresivamente la de Mayol, el cual acaba deslizándose hacia el borde de un nihilismo por él buscado.

A la hora de recapitular brevemente lo que precede, conviene destacar, de nuevo, la proyección de connotaciones existenciales absurdas reiteradas con frecuencia persistente en la trayectoria narrativa de *El viaje vertical*. El relato transmitido a través del discurso diegético de esta novela arroja serias dudas sobre cualquier intento satisfactorio de encontrar sentido convincente a lo acaecido a un personaje tan ensimismado como es Mayol, el cual muestra una incapacidad crónica y cada vez más pronunciada para establecer transacciones relacionales no conflictivas con su inmediato contorno social. Es muy posible que dicha limitación de los rasgos caracterizadores de ese viajero acuciado de tendencias vagabundeantes se deba a que en su vida permanecen todavía huellas no borradas de ausencias tan perturbadoras y notables como pueden ser las ocasionadas por la ruptura estrepitosa de su matrimonio o las provenientes de unos estudios superiores que no tuvo la oportunidad de realizar Mayol, debido a las desgarradoras y nefastas consecuencias de la guerra civil. Tales ausencias se mantienen presentes deconstruccionadamente en la existencia de ese personaje que parece no encontrar rumbo alguno para su futuro, a no ser el deslizamiento cada vez más inquietante hacia el abismo de la nada. Sin embargo, el hecho mismo de la permanencia del relato narrado en *El viaje vertical* pone de manifiesto que la acechanza nihilista del vacío absoluto no es total, ni tampoco predominante, pues no se consiguen hacer desaparecer las huellas seminales de lo

¹⁴ Pueden establecerse múltiples conexiones intertextuales entre los respectivos discursos raciocinantes de Nietzsche y Derrida, implicados ambos en el desenmascaramiento de estructuras intelectuales que ya resultan inaceptables.

expuesto a través de una escritura enmismada, para la que no existe ningún asentamiento tranquilizador y definitivo. De aquí procede la orientación deconstructora de dicha novela, convertida, pues, en uno de los logros más sobresalientes de la ya prolífera producción literaria de Vila-Matas.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ALBALADEJO, T. (1989). «La semántica extensional en el análisis del texto narrativo.» *Teorías literarias en la actualidad*. Ed. Graciela Reyes. Madrid: El Arquero, 185-201.
- (1992) *Semántica de la narración: la ficción realista*. Madrid: Taurus.
- BERNE, E. (1975a). *Transactional Analysis in Psychotherapy*. New York: Grove Press.
- (1975b). *What Do You Say After You Say Hello?* New York: Bantam Books Inc.
- (1976). *Games People Play*. New York: Random House.
- BOBES NAVES, M. C. (1992). *El diálogo. Estudios pragmático, lingüístico y literario*. Madrid: Gredos.
- (1993). *La novela*. Madrid: Síntesis.
- CROSSWHITE, J. (1996). *The Rhetoric of Reason. Writing and the Attractions of Argument*. Madison: The University of Wisconsin Press.
- DERRIDA, J. (1971). *De la gramatología*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno.
- (1977). *Posiciones*. Valencia: Pre-textos.
- (1988). *Márgenes de la filosofía*. Madrid: Cátedra.
- (1989). *La escritura y la diferencia*. Barcelona: Anthropos.
- DUNN, R. G. (1998). *Identity Crises. A Social Critique of Postmodernity*. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- FOUCAULT, M. (1965). *Madness and Civilization: A History of Insanity in the Age of Reason*. New York: Pantheon.
- (1976). *Mental Illness and Psychology*. New York: Harper & Row.
- GARVER, N./LEE, S-Ch. (1994). *Derrida & Wittgenstein*. Philadelphia: Temple University Press.
- GENETTE, G. (1980). *Narrative Discourse: An Essay in Method*. Ithaca: Cornell University Press.
- HARRIS, A. (1973). *I'am Ok. You're Ok*. New York: Avon.
- LÉVINAS, E. (1974). *En découvrant l'existence avec Husserl et Heidegger*. Paris: Vrin.
- (1981). *Otherwise than Being or Beyond Essence*. The Hague: Martinus Nijhoff.
- LIDDELL, R. (1947). *A Treatise on the Novel*. London: J. Cape.
- MARINA, J. A. (1992). *Elogio y refutación del ingenio*. Barcelona: Anagrama.
- NIETZSCHE, F. (1975a). *La genealogía de la moral: Un escrito polémico*. Madrid: Alianza.

-
- (1975b). *Crepúsculo de los ídolos*. Madrid: Alianza.
- (1980). *Sobre verdad y mentira en sentido extramoral*. Valencia: Teorema.
- (1982). *Más allá del bien y del mal: Preludio de una filosofía del futuro*. Madrid: Alianza.
- PÁNIKER, S. (1982). *Aproximación al origen*. Barcelona: Kairos.
- PEÑALVER, P. (1989). «El deseo del idioma.» *Anthropos*. 93, 31-37.
- PEÑALVER, M. (1989). «Derrida, la elipsis necesaria.» *Anthropos*. 93, 44-48.
- PERETTI, C. (1989). *Jacques Derrida: Texto y deconstrucción*. Barcelona: Anthropos.
- ROBBINS, J. (1999). *Altered Reading. Levinas and Literature*. Chicago: The University of Chicago Press.
- SERRES, M. (1997). «The Geometry of the Incommunicable: Madness.» *Foucault and his Interlocutors*. Ed. Arnold I. Davidson. Chicago: The University of Chicago Press, 36-57.
- TODOROV, T. (1966). «Les Catégories du récit littéraire.» *Communications* 8, 125-151.
- (1978). *The Poetics of Prose*. Ithaca: Cornell University Press.
- (1981). *Introduction to Poetics*. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- VILA-MATAS, E. (1997). *Extraña forma de vida*. Barcelona: Anagrama.
- (1999). *El viaje vertical*. Barcelona: Anagrama.